

Pedagogía y testimonio ético. A propósito de Adalberto Ferrández

Antonio Arellano Duque

Grupo de Investigación GRECO
Universidad de Los Andes-Venezuela

La Pedagogía, en los tiempos actuales, recibe del espíritu de la época incontables interrogantes sobre sus sentidos. Ello, la convierte en un campo intelectual cuyos rasgos básicos se leen en la incertidumbre, la indeterminación, la simultaneidad y la pluralidad, que semejan un abanico de posibilidades que recorren sus conceptos fundantes: la Formación, la Enseñanza, la Educación y el Aprendizaje.

Estos son tiempos de globalización y de profundas transformaciones en la generación de conocimientos y saberes. Tales realidades implican necesariamente la creación y la elaboración pedagógica, lo que afecta la integralidad de su campo intelectual. La primera nos revela que la lectura del mundo transforma múltiples representaciones simbólicas y conceptuales de la realidad; ello se expresa en nuevas lecturas sobre las relaciones entre lo singular y lo universal, la mismidad y la alteridad, los rasgos dominantes de la mundialización económica como sistema único, las relaciones entre identidad-memoria e innovación, etc. Y la segunda, referida a las nuevas formas de producción, acumulación y circulación de saber, nos lleva a hablar de una «sociedad del conocimiento». Ambas realidades se conjugan y se entrecruzan y con ello aparece un horizonte inédito que replantea y reformula la Pedagogía y el Saber Pedagógico.

En este contexto, queremos hacer una lectura del legado pedagógico del profesor Adalberto Ferrández Arenaz en el primer aniversario de su muerte. Comenzaremos sosteniendo que el referido profesor construyó en el despliegue de su biografía individual un Campo Intelectual de la Educación y la Pedagogía. Sus esfuerzos y su sabiduría le permitieron hacerse de un horizonte de saber amplio, plural y complejo, a través del cual pudo renovar la Pedagogía tanto en su historia, la generación de nuevos conceptos e imágenes para acercarse a sus contingencias. De igual forma lo dotaron de una extraña fuerza para ser recibido con hospitalidad en múltiples campos de realización y de ensayo, allí donde se rompen los falsos dilemas y el paradigma disyuntivo encarcelado en dicotomías tales como: objetivo-subjetivo, hecho y valor, teoría y práctica, cuantitativo-cualitativo. Por ello sostenemos que el doctor Ferrández rompió en su *experiencia* tal paradigma y desde esa perspectiva leyó los conceptos fundamentales de la Pedagogía, haciéndolos fuentes de iniciativa.

Acercarse a la obra de este entrañable pedagogo constituye una difícil tarea porque su vida fue un constante navegar hacia la interioridad del saber y hacia las formas de expandirlo con criterios de donación y entrega. Quienes lo conocimos y fuimos sus alumnos y discípulos podemos atrevernos a convertir su existencia pedagógica en un gran texto abierto a incontables interpretaciones. En ese texto hermoso nos encontramos con tres conceptos nucleares: la Formación, la Enseñanza y la Alteridad.

En relación a la Enseñanza, los aportes de Ferrández están cargados de sugerencias y de interrogantes. Se puede sostener que siguen siendo un inacabado programa de investigación nacido de la agudeza de su mirada, de esa bella intuición que le permitía llegar más allá donde el empirismo achata los límites del saber. Para él, la Enseñanza significó un territorio lleno de misterios insondables. Esa sospecha lo llevó a viajar en el juego de las posibilidades, siendo su aporte abrir este concepto a un diálogo con la época, el cual nace de un hombre cultivado y escrutador sensible; de ahí que la enseñanza no se redujo a la instrumentalización mecánica y sin alma. Incursionó en la tecnología educativa, se movió con gran soltura en estos espacios, pero tuvo la frescura y la flexibilidad epistemológica para no dejarse atrapar en los efectos que esta perspectiva ha instalado en el trabajo cotidiano signado por la banalización del saber, donde éste se transforma en un «enlatado predigerido» y en un recetario didáctico sustentado en meros esquemas transformados en barreras para acercarnos a las preguntas primordiales de la vida y de la cultura.

El ser un ciudadano del mundo (como él mismo se asumía) lo llevaba a romper las cárceles en las que se convierte el conocimiento cuando se reduce a representaciones simplificadas de la realidad sustentada en conversaciones reiterativas (Maturana, 2000). Por eso, la enseñanza más que un constructo escolarizado y rígido se convirtió en un espacio para la fecundidad y de ella partió para múltiples campos y espacios culturales avizorando los tiempos que se incubaban. En nuestras últimas conversaciones del año 2000, en las cercanías de su partida, el doctor Ferrández pensaba en la necesidad de producir espacios para replantearse la relación entre curriculum y Didáctica. Sin negar los aportes del campo del curriculum a los saberes sobre la Enseñanza, con esa acuciosidad que lo acompañaba, se percataba que allí existían vacíos fundamentales que signaban las prácticas pedagógicas e igualmente la manera de entender la Pedagogía. Por ello, sus acciones se orientaron a revisar y replantarse la Didáctica recurriendo a los aportes de la construcción epistemológica. Desde allí comenzó a sospechar la necesidad de refundar los procesos didácticos. Nos quedamos con el perfil de unas líneas de investigación que se orientaban hacia la reconstrucción de la historia de la didáctica en España, tomando como eje articulador la transición entre el curriculum y la didáctica.

La Enseñanza como estilo, modo y sistema de transmisión cultural (Duch), se nos revela en Ferrández como un espacio pedagógico, epistemológico e instrumental que recorre la riqueza de la generación cultural. Comenzó reconociendo el carácter de la educación como un proceso permanente y continuo.

Entendió con amor la importancia de la educación de adultos y con ese sentido de la acción, de transformar en alternativas sus reflexiones, se acercó al mundo sindical donde sus aportes están por reconstruirse. Y siguió enriqueciéndolo cuando se percató, como pionero y creador de horizontes, para integrar la pedagogía como una gran mediación en la relación educación-trabajo. Eso sin contar los aportes al campo de la enseñanza universitaria y de la vida, porque era un hombre que transformaba espacios y tiempos en lugares para la enseñanza, sorprendiendo con su inagotable cultura pedagógica y sencillez para compartirla.

La Formación, éste constituye un concepto nuclear de la Pedagogía. Se encuentra en íntima relación con el proceso de construcción de la existencia humana. Los aportes de Ferrández en este campo del saber están por escudriñar. Para quienes pudimos escucharlo durante años, fuimos sintiendo sus cambios de mirada nacidos de esa *experiencia vital* que emergía del corazón de la época. En él, se estaba conformando una reflexión que lo llevaba a ver más lejos de los paradigmas que entienden instrumentalmente la formación sobre un conjunto cerrado de certezas marcadas por la compulsiva búsqueda de la previsibilidad y la determinación.

Para una persona como el profesor Ferrández, la Formación rompía los moldes de un imaginario que la ha concebido como un mero proceso de fabricación del ser humano (Bárcena y Mèlich, 2000), donde las rutas están predeterminadas y fijadas en la frialdad de los planes y en la conformación de teorías curriculares cuya desmesura se dirige a controlar la contingencia, negar el caos e intentar cerrar las conexiones con la vida, especialmente ligada con la fragmentación unilateral del ser humano. Una pedagogía desalmada y desconectada de las preguntas y exigencias primordiales del ser humano que hace del saber una simple máscara para relacionarse instrumentalmente con la realidad.

La vida de Ferrández siempre navegó en sentido contrario. A pesar de haber escrito y trabajado con diversas teorías curriculares sustentadas en sus inicios en el conductismo y en el cognitivismo, éstas no pudieron atraparlo y encarcelarlo. La sabiduría de su experiencia y la relación cargada de emociones y sentimientos que se derramaban en su experiencia cotidiana lo llevaron a buscar los márgenes (los viajes, las conversaciones, las discusiones apasionadas fuera de los espacios conocidos, etc.); en ellos se lee también lo prolijo de su creación. Por eso se fue abriendo permanentemente a otros llamados y en medio de la acción no perdió el don receptivo de la escucha.

La Formación, en Ferrández, se puede entender como un cruce de paradojas. Pero siempre tuvo en su hacer y en su reflexión un contacto más íntimo como en este proceso configurado sobre la idea de que lo formativo estaba ligado al cambio, a la memoria viviente, a lo inesperado y a las sorpresas que nacen de una relación abierta y hospitalaria con el Otro, diríamos a través del goce de verlo lleno de saberes, alegre en el redescubrimiento y creador en la recreación de lo existente y en la aparición de lo novedoso como acontecimiento.

La presencia de Adalberto Ferrández en la vida enriquece uno de los conceptos básicos del quehacer pedagógico: *El testimonio*, el cual resume con sabiduría Joan-Carles Mèlich:

El educador como modelo pide ser imitado; el educador como testimonio sólo muestra de que manera él, con su propia vida, da respuesta a los interrogantes, no para que los demás lo imiten, sino para que dispongan de puntos de referencia y configuren su propia vida. (Mèlich, 1999, p. 64)

Pocas veces nos referimos a la idea del Testimonio como fuente vital de la Enseñanza. En el caso de la personalidad del profesor Ferrández esta imagen nos regala, en lo indecible de lo simbólico, el sentido de su vocación más allá del ejercicio profesional. Para él, la enseñanza y la formación significaron una transmisión de la memoria cultural recreada. Por ello, pudo leer la época con el encanto del hombre cargado de sabiduría, lejano a las erudiciones narcisistas y se acercó a los saberes para conversar con la contingencia.

Una persona con esa naturaleza primordial tan hermosamente tallada como una obra de arte, no podía permanecer encerrada en la mismidad, en lo meramente conceptual y cuantitativo. La relación con el Otro, la integración de sentimientos y emociones en una unicidad contradictoria, le permitió ver lo radicalmente diferente y diverso. Pudo sentir en su piel, en una relación intensamente táctil con la enseñanza, el respeto por la diferencia y le regaló el horizonte cualitativo más allá de las disyuntivas, donde éste se entiende como la posibilidad de ampliar la sensibilidad y contener las desmesuras que una vida centrada en el ser obnubilan la sencillez, la contención y las riquezas que vienen del compartir con libertad, con la incertidumbre, la vulnerabilidad y la liviandad.

La Alteridad, como el encuentro con lo radicalmente distinto, tuvo en Ferrández una expresión pedagógica rica en enseñanzas. El testimonio de su presencia era una invitación a ser libre porque la hospitalidad y la acogida impregnaban su ambiente de trabajo. Pudo escuchar la interpelación del Otro (Mèlich y Barcena, 2000) y mediante el silencio sintió en su corporalidad la vulnerabilidad de quien está cargado de preguntas y buscando caminos. Desde ese conocimiento silencioso, hijo del amor por el Otro, replanteaba en el día a día el educador-testimonio y desde allí nos aportó su enseñanza más hermosa: la Ética de la Responsabilidad como encuentro y comunión con el Otro.

La Alteridad en Ferrández era el símbolo de su mirada y de su corazón; por eso entendió con preciosa naturalidad sus relaciones e intercambios con el mundo de América Latina. Lo Otro, lo Distinto y lo Diferente, lo enriquecieron y lo renovaron desde esa humilde mezcla de respeto y sabiduría y aportó a la Pedagogía Contemporánea la idea de la Pedagogía como un Don (Mèlich, 2001), como una entrega generosa, como una recreación permanente entre los seres humanos y del saber como una creación del alma humana que generosamente hay que poner a disposición de todos.

Referencias

- MATURANA, H. (2000). *Formación humana y capacitación*. Santiago de Chile: Dolmen, 2ª ed.
- BÁRCENA, F. y MÈLICH, J.C. (2000). *La educación como acontecimiento ético*. Barcelona: Paidós.
- MÈLICH, J.C. y PALOU, J. (2000). «El rostro y la educación». En *Aula de Innovación Educativa*, nº 98. Barcelona.
- MÈLICH, J.C. (2001). *La ausencia de testimonio. Ética y Pedagogía en los relatos del Holocausto*. Barcelona: Antrhops.